

ve», no es enteramente original, pero sí ha dado lugar a un libro interesantísimo, gracias a su gran cultura, experiencia y «savoir faire». Durante la guerra, Henriot buscó refugio a sus comprensibles dolores en la relectura de grandes autores de la literatura clásica, como César, Salustio, Ovidio, Virgilio, Marcial, Lucio Apuleyo, Lucrecio, Cátulo... Y se sintió acuciado por el afán de descubrir cómo serían estas figuras en la realidad de su cotidiano vivir, en su existencia real de hombres «de carne y hueso», con sus inquietudes, sus triunfos y sus miserias, sin perjuicio—aunque ya sería bastante—de subrayar a su través ciertos rasgos humanos esenciales que, en cierta medida, uno u otro pudieran simbolizar.

Resultado de esta aventura del descubrimiento del hombre partiendo de su obra—por sus obras le conoceréis...—es esta interesantísima serie de retratos, que, naturalmente, sólo podía ser abordada, como decíamos, por persona de la sensibilidad, alta cultura y poder de evocación de un escritor de cuerpo entero, como lo es Henriot. Gracias a él, quienes sólo conocieran la caricatura biográfica de aquellas grandes figuras de la humanidad clásica corrientes en las antologías al uso, tienen ahora oportunidades de «sorprenderse» al comprobar que había algo—y aun algos...—notoriamente más interesante detrás de la deshumanizada sombra.

<https://doi.org/10.29393/At304-19CLCD10019>

CLAUDE LONGHI.—«LE FRUIT DE VOS ENTRAILLES» Ed. Robert Laffort, París.

Entre los numerosos premios literarios que anualmente se otorgan en Francia, uno de los más codiciados—después de los cuatro «grandes»—es el «Prix des Lecteurs», discernido, como su nombre lo indica, por un jurado de lectores que se forma mediante un ingenioso procedimiento. Este año fué otorgado a «Le fruit de vos entrailles», una novela muy humana, aunque

un tanto morosa y apegada a las maneras viejas. Una novela «honrada», en una palabra, que atrae por su tierna emotividad.

El protagonista, como ha vivido siempre amorosamente cuidado por su madre—afanosa de protegerle con toda suerte de «amortiguadores» de las infinitas asperezas de la vida—ni siquiera ha tenido oportunidad de plantearse ninguna cuestión sobre aquélla: para él, la que le dió el ser continuaba siendo tan desconocida como si siguiera sumido en el limbo de sus entrañas. Pero, un día, la madre muere, y la novela—o la verdadera vida—comienza cuando, al regresar del cementerio, agotado por las incidencias de tres jornadas de duelo, se enfrenta con los deudos y amigos decorosamente reunidos aún en el ágape funerario. En estos tres días, ha aprendido más que en toda su vida de regalón, al darse cuenta, por reflexión personal y al contrastarla con su mujer, de los tesoros de abnegación de un corazón maternal que todo lo sacrificó en la vida—incluso el amor de mujer—en aras del amor maternal.

El dolor le hizo adquirir un triple conocimiento, en estas tres jornadas cruciales: el de su madre, el de su esposa y el de sí mismo, es decir, el de su misión en la vida. Y con ello muere el hijo, para que nazca el hombre que ha de consagrarse a proteger a la mujer—la suya—en vez de, como hasta ahora, haber vivido protegido por ella, «sub especie maternalis».

«ALMANACH DU THÉÂTRE ET DU CINÉMA». Ed. de Flore et La Gazette des Lettres, París, con ilustraciones

He aquí una obra de gran interés para quienes gustan de conocer con detalle el desarrollo artístico y literario de Francia, por contener una espléndida información en torno a las actividades anotadas, durante el pasado año. Como garantía de su contenido, citemos los responsables de cada rúbrica: Jacques Lemarchand, para la temporada dramática; Samazeuil, de la lírica; Gibeau, del teatro ligero; Michant, del «ballet»; Claudine